

A través del sindicato, el Estado cuidará de conocer si las condiciones económicas y de todo orden en que se realiza el trabajo son las que, en justicia, corresponden al trabajador.

(Fuero del Trabajo)

PAGINAS DE LA EPOPEYA

Aquellas horas de Oviedo...

El empuje arrollador de veinticinco mil mineros, que querían celebrar el aniversario del Octubre rojo de Asturias con la ocupación de Oviedo, acometió y tomó nuestra posición del Naranco.

El invicto Aranda reunió entonces su guarnición y en arenga de heroico patriotismo se expresó de esta manera: «—Preparaos a morir, antes que caer en manos de los marxistas.» Y todos se juramentaron a obedecer sus propósitos. Por una emisora de extracorta llamó el Coronel a su familia. Supo que sus niños estaban dormidos y pidió les pusieran al micrófono, y despidiéndose les dijo: «—No olvidéis nunca, hijos míos, que sois españoles.» Y todavía oímos la vocecita de uno de los pequeñuelos: «—Papá, ¡viva España y vivas tú!...»

La angustia ahogaba por momentos a los sitiados. Una respiración de esperanza les llegaba de vez en cuando en cada fragoroso retumbar de los cañones del Ejército que venía en su auxilio.

Llegaron los rojos a infiltrarse de tal modo en Oviedo, que Aranda estaba dispuesto a encerrarse en los cuarteles, y envió a Salas este mensaje:

«El enemigo ataca sin cesar. Solo nos queda morir como españoles». Llegó entonces la hora de nuestro avance definitivo.

El «cerco de dinamita» fué reducido a polvo por la aviación de León en combinación con las milicias gallegas, el Tercio y los regulares.

En la madrugada del 17 de Octubre, nuestras fuerzas atravesaron el Nora con el agua al pecho, mandados por los valerosos tenientes-coroneles Teijeiro y Pita, bajo la inteligente dirección del Coronel Martín Alonso, y éste afirmó que sus fuerzas se componían en su casi totalidad de «caballeros gallegos que no exigen sueldo, que ellos mismos se han vestido, armado y que se pagan todos los gastos».

Cerca del río Nora tenían los mineros marxistas una superficie de 1,400 m. por 100 de anchura con alambre de espino, que desaparecía por entre las malezas del terreno. Así que al intentar los avances, las bajas tenían que ser de importancia. Pero los mineros pagaron su merecido con varios millares de bajas. Al verse perdidos y decidirse a huir, volaron sus minas en las faldas del Naranco.

A la una y media de la tarde, en el cerro más alto de aquel monte, flameó de nuevo la bandera española. Nuestras columnas entraron a las seis y media por la Estación del Norte y la calle de Uría, yendo a la vanguardia una compañía de los voluntarios gallegos y otra de Guardias de Asalto. Los galaicos, los astures que salen con Aranda a abrazarles... Hermanos una vez más.

«Oviedo, aquella ciudad limpia y lujosa -escribe un testigo de vista- está desmochada en gran parte. Ruinas de palacios, cables por el suelo, obra destructora de artillería y aviones enemigos, que bombardearon sin cesar a un pueblo sin defensa.»

Entra en la ciudad el General Lombarte acompañado de todo su Estado Mayor. A su paso las ventanas se abrían y hacían llover flores sobre la comitiva, y enfermeras de batas blancas saludaban desde los balcones con el brazo extendido.

El General Lombarte abraza al invicto Aranda. Y éste ciñe ahora el fajín, que durante el asedio un avión le dejó caer, encerrado en un estuche, al día siguiente de ser ascendido a General por méritos de guerra heroica.

Eran sus palabras tan simples como históricas: «La resistencia pendía ya de una hebra de seda. Hasta los primeros días de Octubre conservé todavía el contorno que había trazado para la defensa de la ciudad. Tenía una longitud de 16 kms. A medida que los desesperados ata-

ques del enemigo disminuían el número de los defensores, me veía obligado a reducir el perímetro en que nos desenvolvíamos. Las líneas de combate llegaron a estar en los mismos bordes de la ciudad...

Cuando entró la columna del Coronel Martín Alonso, yo tenía por toda reserva, en la puerta de la Comandancia, un cabo y quince guardias civiles. Los hombres útiles de que disponía, seiscientos o setecientos, estaban todos en los parapetos y sin posibilidad de relevo, porque los ataques eran constantes día y noche. Yo calculo que en Oviedo han estado entretenidos unos 30,000 hombres; que en tres meses han sufrido de 7,000 a 8,000 bajas. Frente a ellos nosotros tuvimos unos 2,200 hombres con 77 oficiales. ¡Sólo esto para contener al enemigo de fuera... y al de dentro! ¡Sí, al enemigo de dentro!, insiste Aranda. ¿Cómo desconocer que una parte de la población era roja? Existía y hubo que vigilarla. En los primeros días, a la aparición de un aeroplano enemigo, al refugiarse los vecinos en los sótanos, los rojos que vivían agazapados aprovechaban el pánico para paquear por las calles. Se organizó un servicio de vigilancia y caza, y se acabó pronto con los tiroteos.»

Ciento ochenta y tres ataques aéreos resistieron los bravos sitiados, dos de ellos nocturnos y varios con líquidos inflamables. En los tres meses de asedio rojo, gastaron menos proyectiles que los que lanzaron los marxistas en un solo día: el ocho de Septiembre, o el cuatro de Octubre.

La raza revivía el esplendor de todas sus virtudes heroicas y, allí, en un pósito de ruinas y un valladar de héroes inmortalizados para siempre, se encumbaban los hitos de nuestra hispanidad.

JOSÉ LUIS ALVARGONZÁLEZ